

**HANS  
CHRISTIAN  
ANDERSEN**

## **LOS CHANCLOS DE LA FELICIDAD**

*Se ha calificado a Andersen de haber sido "un espíritu completa y enteramente embuido en sí mismo y sin un sólo interés intelectual". Acaso estas palabras parezcan algo duras, pero no por ello carecen de razón. En verdad lo único que interesó a Andersen fue: Hans Christian Andersen. En todo momento de su vida mostró tener un desesperado afán de obtener afecto y celebridad. Una gran parte de lo mejor de su obra se encuentra inspirado en su propia persona. Esto se refleja no sólo en las seis novelas que escribió, sino también en sus cuentos de hadas e historietas. Andersen es el soldado de La caja de yesca, es aquella princesa que era tan sensible que podía sentir la existencia de un guisante colocado debajo de veinte colchones; es, asimismo, el estudiante de Las flores de la pequeña Ida, es la Sirenita, ese extraño ser que aparece de las profundidades del mar y nunca llega a ser aceptado en el mundo en que se mueve; es también el niño pequeño que puede ver que el emperador no llevaba ningún vestido encima; es el Patito Feo convertido en hermoso cisne, es el pino incapaz de*

*disfrutar un momento dado y que siempre mira con nostalgia el pasado o espera algo mejor del futuro, etc. Con razón se ha dicho que Andersen se ha retratado a sí mismo más veces que el número de autorretratos que Rembrandt llegó a pintar. Los críticos califican a Andersen de estar completamente obsesionado por sí mismo, pero él llamaba a esto ser subjetivo, y al efecto escribía en su diario: "Eso de ser subjetivo nunca puede llegar a ser un defecto en un poeta, puesto que ello en sí expresa la totalidad de poesía que este poeta lleva dentro de sí". Y comentaba respecto a sus críticos: "Déjese seguir mi propio modo de ser. ¿Por qué debemos trotar todos de acuerdo con una misma moda? Si es que ando cabizbajo es porque ese es mi natural modo de andar, y si se encuentra que mi árbol en lugar de dar nueces da manzanas, ello no quiere decir necesariamente que éste mi árbol no sea un buen árbol".*

Elías Bredsdorff

### • PRINCIPIO

Sucedió en Copenhague, en la calle del Este y en una de las casas próximas a la Nueva Plaza Real. En esta casa se celebraba una gran *soirée*, fiesta que es preciso dar de cuando en cuando para que uno pueda ser invitado a las demás. La mitad de los invitados se hallaba sentada alrededor de las mesas de juego, y la otra mitad esperaba la continuación del comentario que la dueña de la casa acababa de interrumpir:

—Bueno, será preciso que encontremos algo con qué pasar el rato.

Así se encontraba la reunión, y las conversaciones se desarrollaban como podían. Entre los temas que se suscitaron surgió el de la Edad Media. Algunos la consideraban como una época mucho mejor que la nuestra. El consejero Knap la defendía con tanto entusiasmo que la dueña de la casa se puso en seguida de su parte, y ambos criticaron con fuerza el artículo que había escrito Oersted en el *Almanaque* sobre los tiempos antiguos y modernos, ponderando éstos sobre aquéllos. El consejero consideraba la época del rey Hans como la más agradable y la más feliz de todas.

Durante esta conversación en pro y en contra, que sólo fue interrumpida durante un instante por la llegada del periódico, que no decía nada digno de ser leído, nos dirigimos a la antecámara donde estaban depositados los abrigos, los bastones, los paraguas y los chanclos. Allí sentadas se encontraban dos mujeres, una joven y otra vieja. Pudiera haberse creído que eran dos sirvientas que habían venido acompañando a su ama, solterona o viuda; pero si

se las observaba bien y de cerca, no se tardaba en comprender que no eran sirvientas corrientes. Sus manos eran demasiado finas para eso y su aspecto demasiado elegante. Sus trajes tenían un corte muy especial. Eran dos hadas. La más joven no era la propia Felicidad, sino una de sus damas de honor dedicadas a repartir los dones de la buena suerte; la anciana tenía un aspecto más serio: era el Dolor. Siempre cumplía sus cometidos en persona, por estar segura de que se hacían bien.

Se contaban mutuamente dónde habían estado durante la jornada. La dama de honor de la Felicidad decía que aún no había hecho nada importante durante aquel día; sólo había salvado de un chaparrón a un sombrero nuevo, había logrado que una nulidad distinguida saludase a un hombre de bien, y así todo. Sin embargo, lo que le quedaba aún por hacer estaba fuera de lo corriente.

—Debo decir —continuó— que hoy es el día de mi cumpleaños, y como regalo me han confiado un par de chanclos que debo entregar a la Humanidad. Estos chanclos tienen la propiedad de que, quienquiera que se los ponga, se encuentra inmediatamente en el lugar y en la época que desee; todos sus deseos acerca del lugar y del tiempo se verán satisfechos en el acto, y, por consiguiente, el individuo se convertirá inmediatamente en el hombre más feliz de la Tierra.

—¡Oh, eso os creéis! —dijo el Dolor—. Será espantosamente desgraciado y bendecirá el momento en que se vea libre de esos chanclos.

—¿Qué es lo que decís? —replicó la otra—. Los pondré aquí, cerca de la puerta; alguien se equivocará de chanclos y se convertirá en el hombre más feliz. Esa fue la conversación.





## ● LO QUE LE SUCEDIO AL CONSEJERO

Era tarde. El consejero Knap, con el espíritu absorbido por la época del rey Hans, se decidió a regresar a su casa, y al calzarse los chanclos, en vez de ponerse los suyos se puso los de la Felicidad, y con ellos salió a la calle del Este. Pero por el poder mágico de los chanclos se encontró transportado a la época del rey Hans. Así, pues, al poner los pies en la calle, los hundió en el fango, ya que en aquellos tiempos no había pavimento.

—¡Es espantoso lo sucio que está esto! — exclamó el consejero—. No hay aceras y todos los faroles están apagados.

La luna aún no había salido; además, el ambiente estaba brumoso, por lo que la oscuridad lo invadía todo. En la esquina más próxima había colgada una linterna bajo una imagen de la Virgen; pero esta claridad era tanto como nada. Sólo se dio cuenta de ella cuando estuvo debajo y en el momento en que levantaba los ojos.

“Esto debe ser un almacén de antigüedades —pensó— y se les ha olvidado quitar la muestra.”

Dos personas vestidas con trajes de aquella época pasaron por su lado.

“¡Qué forma de ir vestidos! —se dijo—. Deben de venir de algún baile de máscaras.”

De repente se oyó un ruido de tambores y pífanos y surgió un resplandor de antorchas. El consejero se detuvo y vio desfilar ante sus ojos un extraño cortejo. En cabeza marchaba una banda de tambores que redoblaba con todas sus fuerzas. Iban seguidos de hombres de armas que llevaban arcos y ballestas. El individuo más importante del cortejo era un religioso. Extrañado, el consejero preguntó qué significaba aquello y quién era aquel hombre.

—Es el obispo de Zelandia —le respondieron.

—¡Dios mío! ¿Por qué han prendido al obispo? —suspiró el consejero, moviendo de un lado a otro la cabeza.

Pero no era posible que fuera el obispo. Reflexionando sobre esto, y sin mirar a derecha ni a izquierda, el consejero atravesó la calle del Este y la plaza del Puente Alto. No encontró el puente que conduce a la plaza del Castillo, pero sí vio el río y terminó por encontrar dos muchachos cerca de una barca.

—¿El señor desea que le pasemos a la isla? —le preguntaron.

—¿A la isla? —dijo el consejero, que no sabía en qué época estaba—. Quiero ir a Christianshavn, una callecita del Mercado.

Los muchachos le miraron.

—Díganme sólo dónde está el puente —dijo—. Es vergonzoso que no estén los faroles encendidos, y hay tanto fango como si estuviera en una ciénaga.

Cuanto más hablaba con los marineros, menos los comprendía.

—No entiendo vuestra lengua de Bornholm —terminó por decir todo colérico, y les volvió la espalda.

No pudo encontrar el puente.

—¡Es un escándalo cómo está esto! —decía.

Jamás le había parecido tan miserable su época como aquella noche.

“Me parece que voy a coger un coche”, se dijo.

Pero ¿dónde estaban los coches? No se veía ninguno.

“Es necesario que regrese a la Nueva Plaza Real. Allí habrá coches. Sin ellos no podré llegar jamás a Christianshavn.”

Se dirigió, pues, hacia la calle del Este, y ya casi la había atravesado cuando salió la luna.

—¡Gran Dios! ¿qué es ese andamiaje que han levantado aquí?

—dijo al ver la Puerta del Este, que en aquella época existía a final de la calle del Este.

Al fin halló un portillo por donde llegó a nuestra Nueva Plaza, pero era una enorme pradera. Allí crecían algunos matorrales y el prado estaba atravesado por un gran canal o un río. Algunas miserables chozas de madera habitadas por marineros de Halland, por lo que se llamaba a aquel lugar Hallandsaas, se alzaban en la otra orilla.

—O soy víctima de una alucinación —se lamentó el consejero— o estoy borracho. ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa?

Volvió sobre sus pasos con la firme convicción de que estaba enfermo; al entrar en la calle, miró las casas con mayor atención. La mayor parte de ellas eran de madera y muchas tenían tejados de paja.

“No, evidentemente, no estoy bien —se dijo, dando un suspiro—. Porque no he bebido más que un vaso de ponche, aunque esto sea un exceso en mí. Por otra parte, me parece una tontería que nos hayan dado ponche y salmón caliente. Será necesario que se lo diga a nuestra anfitriona. Debería volver allí y decirle en qué estado me encuentro por su culpa. Pero esto es una necesidad. Además, estarán ya todos acostados.”

Buscó la casa, pero no hubo medio de encontrarla.

“Es espantoso. No reconozco la calle del Este. No hay un solo establecimiento. No veo más que viejas tiendas en lamentable estado, como si me encontrara en Roeskilde o en Ringsted. ¡Ay, estoy enfermo! Pero de nada sirve incomodarse. ¿Dónde está la casa? No aparece por ninguna parte. Aún hay gente levantada. ¡Oh qué mal me encuentro!”

Halló una puerta entreabierta, por cuya rendija pasaba la luz. Era una posada de aquellos tiempos, una especie de cervecería. La sala tenía el aspecto de las antecámaras de Holstein. Allí había algunas personas: marineros, ciudadanos de Copenhague y dos eruditos sentados ante sus jarros de cerveza, abstraídos en sus cavilaciones. Todos prestaron poca atención al hombre que entraba.

—Perdón —dijo el consejero a la dueña, que avanzaba hacia él—. Estoy indispuerto. ¿Podría usted procurarme un coche para ir a Christianshavn?





La mujer le miró y movió la cabeza; después le habló en alemán. El consejero supuso que no sabía el danés, y entonces le repitió lo que deseaba en alemán. Esto, así como su traje, confirmó a la mujer en su idea de que se trataba de un extranjero. También se dio cuenta en seguida de que el consejero no se encontraba bien y le dio un jarro de agua, un poco salobre, que sacó del pozo.

El consejero apoyó la cabeza en su mano, suspiró profundamente y reflexionó sobre todo lo que le rodeaba, que era bien extraño.

—¿Es *El Día* de esta noche? —preguntó, por decir algo, al ver que la mujer cogía una hoja grande de papel.

Ella no comprendió lo que le había querido decir, pero le



alargó la hoja. Era un grabado en madera que representaba un fenómeno atmosférico observado en la ciudad de Colonia.

—Es muy viejo —dijo el consejero, muy sorprendido de encontrar un documento tan antiguo—. ¿Cómo tiene usted esta pieza tan rara? Es muy interesante, a menos que todo esto no sea más que una fantasía. Se explican estos fenómenos atmosféricos diciendo que son auroras boreales. Seguramente están provocados por la electricidad.

Los que estaban sentados más cerca y oyeron sus palabras le miraron con asombro, y uno de ellos se levantó, se quitó respetuosamente el sombrero y le dijo con el tono más grave:

—Vois sois seguramente un hombre muy sabio, señor.

—¡Oh no! —dijo el consejero—. Puedo hablar un poco de todo, como es preciso hacerlo en nuestra época.

—*Modestia* es una virtud muy hermosa —dijo el hombre—. Por otra parte, debo decir con respecto a vuestras palabras; *mihi se-cus videtur*, aunque en este caso suspendo con gran placer mi *judicium*.

—¿Puedo preguntaros con quién tengo el honor de hablar? —interrogó el consejero.

—*Soy baccalaureus* en Teología —respondió el hombre.

Esta respuesta bastó al consejero. El título estaba de acuerdo con el traje.

“Seguramente —se dijo—, es un viejo maestro de escuela de algún pueblecito, uno de esos tipos raros que aún se encuentran en Jutlandia.”

—Este no es, ciertamente, un *locus vocendi* —continuó el hombre—. Os ruego, sin embargo, que tengáis la bondad de continuar. Con toda seguridad, estáis instruido en los escritos antiguos.

—Sí, cierto —respondió el consejero—. Me agrada mucho leer libros antiguos y útiles, pero me gustan más los modernos; salvo las *Historias de todos los días*. ¡Ya tenemos bastante con la realidad!

—¿*Historias de todos los días*? —preguntó nuestro *baccalaureus*.

—Sí, me refiero a esas novelas recientes.

—¡Oh! —sonrió el hombre—. Son muy ingeniosas y se leen en la Corte. Al rey le gusta mucho la novela sobre Sir Iffven y Sir Gaudian, que habla del rey Arturo y sus caballeros de la Tabla Redonda. Y sobre este tema ha gastado algunas bromas con sus cortesanos.

—Yo no la he leído aún —dijo el consejero—. Debe de ser alguna obra nueva que acaba de publicar Heiberg.

—No —respondió el hombre—. No ha sido publicada por Heiberg, sino por Godfred von Gehmen.

—¿Este es el editor? —preguntó el consejero. Es un hombre muy antiguo. Fue el primer impresor que tuvimos en Dinamarca.

—Sí, es nuestro primer impresor —respondió el hombre.



Hasta este momento la conversación se desarrollaba bien. Uno de los ciudadanos habló de la peste que había hecho estragos algunos años antes, y pensaba en la epidemia de 1484. El consejero supuso que se trataba del cólera y todo fue bien. La guerra de los filibusteros de 1490 estaba tan reciente que no podía evitarse este tema. Los filibusteros ingleses habían capturado dos navíos en el Rheden, según decían, y el consejero, que había seguido de cerca el incidente de 1801, estuvo completamente de acuerdo con ellos para censurar a los ingleses. A partir de aquí, la conversación no se desarrolló tan bien, pues unos contradecían a otros. El honrado *baccalaureus* era demasiado ignorante, y las más sencillas frases del consejero parecían osadas y fantásticas. Se miraban todos, y cuando el consejero iba demasiado lejos, el bachiller hablaba en latín creyendo que así le comprenderían mejor, pero era inútil.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó la dueña, tirando de la manga al consejero.

Esto le hizo volver en sí, puesto que durante la conversación se había olvidado por completo de todo lo que le había sucedido antes.

—¡Gran Dios! —dijo—, ¿en dónde estoy?

Y la cabeza empezó a darle vueltas sólo de pensar en ello.

—Beberemos clarete, hidromel y cerveza de Brema —gritó uno de los hombres—. Y vos beberéis con nosotros.

Entraron dos sirvientas. Una de ellas llevaba un gorro de dos colores. Sirvieron e hicieron reverencias. Al consejero le entró un sudor frío por la espalda.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —preguntó.

Pero tuvo que beber con los ciudadanos. Se adueñaron de su voluntad muy gentilmente. El consejero estaba desconcertado, y cuando uno de ellos declaró que este buen hombre estaba borracho, no dudó de que fuese verdad, y pidió se le proporcionara un coche. Todos creyeron que hablaba en ruso.

Jamás se había encontrado en una compañía tan inculta y grosera. “Parece —se decía— que el país ha retrocedido hasta el paganismo. ¡Se trata del momento más terrible de mi vida!” Y en este instante se le ocurrió la idea de meterse bajo la mesa, arrastrarse hasta la puerta y fugarse; pero cuando iba a salir, los otros comprendieron su intención, le agarraron por las piernas, y entonces, con gran suerte para él, se le cayeron los chanclos. ..., y la magia desapareció con ellos.

El consejero vio brillar ante él con mucha claridad una luz, tras la que había una enorme casa. Conocía esta casa, y la otras que estaban a su lado. Era la calle del Este, tal como la conocemos todos. Estaba caído en tierra con las piernas contra una puerta y exactamente delante del sereno, que estaba sentado y dormido.

—¡Oh, Dios mío! ¿Habré estado soñando, tumbado en medio de la calle? —se dijo—. Sí, es la calle del Este. ¡Qué iluminada y



abigarrada! Es terrible el efecto que me ha producido aquel vaso de ponche.”

Dos minutos más tarde se encontraba en un coche que le conducía a Christianshavn. Pensaba en la angustia que había pasado y estimó de todo corazón la feliz realidad, nuestro tiempo que, a pesar de todos sus defectos, era mucho mejor que la que acababa de vivir. Y en eso tenía mucha razón el consejero.

#### • LO MEJOR QUE HICIERON LOS CHANCLOS

—¡Vaya son unos chanclos —dijo el sereno. Deben ser del teniente que vive arriba, porque están en su puerta. El honrado sereno



hubiera llamado a la campanilla para devolverlos, porque aún había luz en la casa, pero no quería despertar a los otros inquilinos. Y no lo hizo. Al día siguiente por la mañana, muy temprano, el empleado se hallaba aún en la cama cuando oyó llamar con los nudillos a la puerta; era su vecino del mismo piso, un estudiante que se preparaba para sacerdote. Entró.

—Préstame tus chanclos —le dijo—. El jardín está muy húmedo, aunque brilla el sol. Quisiera bajar a él y fumarme una pipa.

Se puso los chanclos, y bien pronto se encontró en el jardín, donde había un manzano y un peral. En Copenhague, un jardín, por muy pequeño que sea, se considera siempre como algo magnífico.

El estudiante paseaba por el sendero. No eran más que las seis. En la calle sonó el cuerno de un postillón.

—¡Oh, viajar, viajar! —exclamó el estudiante—. ¡Eso es la cosa más agradable del mundo! ¡Es el fin supremo de todos mis deseos! Se me calmaría la ansiedad que me domina. Pero sería preciso ir lejos, muy lejos. Me gustaría ver la hermosa Suiza, viajar por Italia, y...

Fue una suerte que los chanclos produjeran su efecto inmediatamente, sin que tuviera que recorrer demasiados países. Suerte tanto para él como para nosotros. Viajaba. Estaba en plena Suiza, pero metido, con otras ocho personas, en el interior de una diligencia. Le dolía la cabeza. Sentía una gran laxitud en el cuello. La sangre le había bajado a las piernas, que estaban hinchadas, y los zapatos le herían los pies. Se hallaba entre la somnolencia y la vela. En su bolsillo derecho llevaba su carta de crédito; en el izquierdo, su pasaporte y algunos luis de oro en una bolsita de piel, que llevaba cosida sobre el pecho. Cada uno de sus sueños le decía que uno u otro de sus preciosos objetos se le había perdido, y entonces experimentaba un movimiento febril, que se traducía en un gesto triangular de la mano hacia su bolsillo derecho, hacia el izquierdo y hacia el pecho, para convencerse de que no le había desaparecido nada. Los paraguas, los bastones y los sombreros se balanceaban sobre la red e impedían algo la vista del paisaje, que era magnífico.

Nuestro teólogo le echaba un vistazo de cuando en cuando y cantaba canciones que algunos de nuestros poetas han cantado ya en Suiza, aunque nunca, hasta ahora, se habían impreso.

*Sí, es tan bello, que se desea,  
querido mío, ver el Mont Blanc;  
mas sólo cuando se tiene bastante dinero  
se pasa aquí estupendamente.*

El paisaje que los rodeaba era vasto, sombrío y grave. Los bosques de pinos parecían cimas de brezos sobre las altas monta-

ñas, cuyos picos estaban ocultos por la bruma de las nubes. Empezó a nevar. Soplaban un viento helado.

—¡Oh! —suspiró. Si estuviéramos al otro lado de los Alpes sería verano, y ya habría conseguido algún dinero a cuenta de mi carta de crédito. La inquietud que ella me produce hace que no goce con plenitud de este bello país que es Suiza. ¡Ah, cuánto me gustaría estar ya al otro lado de los Alpes!

Y se encontró al otro lado. Estaba en el interior de Italia, entre Florencia y Roma. El lago de Trasimeno se extendía ante él, a la luz del atardecer, como llameante oro en medio de las montañas azul oscuro. Allí, donde Aníbal derrotó a Flaminio, las vides enroscábanse verdes y pacíficas; encantadores niños, medio desnudos, guardaban un rebaño de cerdos negros bajo un grupo de laureles situados al borde de la carretera y que embalsamaban el ambiente con su aroma. Si pudiéramos hacer una descripción detallada de este cuadro, seguro que todo el mundo exclamaría: “¡Ah, maravillosa Italia!”

Pero el teólogo no decía nada de esto, ni tampoco sus compañeros de viaje en el coche del *vetturino*.

Millares de moscas venenosas y de mosquitos volaban, zumbando, alrededor de ellos. Trataban de ahuyentarlos por medio de una rama de mirto, pero las moscas picaban sin compasión. No había nadie en el coche que no tuviera el rostro hinchado y desfigurado por las picaduras. Los pobres caballos parecían carroñas. Las moscas se posaban sobre ellos en grandes grupos, y cuando el cochero se bajaba para ahuyentarlas, el alivio era sólo momentáneo. A la puesta del sol empezó a silbar un fuerte viento glacial, que no tenía nada de agradable. Por todas partes, las montañas y las nubes adquirieron una tonalidad verde, clara, luminosa... Sí. Vayan ustedes a verlo. Es preferible a todas las descripciones. ¡Es algo espléndido! Los viajeros se daban cuenta de todo esto; pero... sus estómagos estaban vacíos, sus cuerpos cansados y suspiraban por conseguir un alojamiento donde pasar aquella noche. Pero ¿dónde hallarlo? Las mentes se encontraban más preocupadas por esta cuestión que por mirar y contemplar la bella Naturaleza.

La carretera atravesaba un olivar, del mismo modo que en el Norte hubiera podido atravesar un saucedal. Allí se hallaba el albergue solitario. En el exterior estaban acampados una docena de mendigos, el mejor de los cuales tenía cara de “hijo primogénito del Hambre, llegado a su mayor edad”.

Los demás, o bien eran ciegos o tenían las piernas lisiadas y se arrastraban sobre las manos, o bien tenían los brazos contraídos y carecían de dedos. Era la miseria escapada de sus harapos.

—¡Eccellenza, miserabili! —gemían, extendiendo sus miembros lisiados.

La propia posadera, con los pies desnudos, los cabellos en desorden, vestida sólo con una blusa sucia, recibió a los que





llegaban. Las puertas estaban atadas con cuerdas; las habitaciones ofrecían un pavimento de piedra medio destruido; los murciélagos volaban por los techos, y en cuanto al olor. . .

—Bueno, sería preferible que nos sirvieran la cena en la cuadra —dijo uno de los viajeros—. Al menos, sabríamos lo que olíamos.

Abrieron las ventanas, a fin de que entrase un poco de aire; pero antes que éste entraron los brazos lisiados y la cantilena *¡miserabili, eccellenza!* Se veían en las paredes numerosas inscripciones, la mitad de ellas contra la *bella Italia*.

Sirvieron la comida. Era una sopa de agua sazónada con pimienta y aceite rancio, y también el mismo aceite en la ensalada; huevos pasados y crestas de gallo asadas fueron los platos fuertes, y aun el vino tenía mal sabor. Era una verdadera mixtura.

Durante la noche, el equipaje permaneció apilado contra la puerta. Uno de los viajeros cuidaba de él, mientras los demás dormían. Al teólogo le correspondió la primera guardia.

¡Qué fastidiosa fue! El aire era pesado; el calor, opresivo, y los mosquitos zumbaban y picaban, mientras los *miserabili*, en el exterior, gemían mientras dormitaban.

—Sí; está bien viajar —suspiró el estudiante—, si no se tuviese cuerpo. Si este pudiese quedar en reposo, y el espíritu volar. A todas partes que llevo siento el corazón oprimido por alguna cosa. Lo que yo deseo no es placer del instante, sino algo mejor. Pero ¿qué es lo mejor y dónde encontrarlo? En el fondo, sé muy bien lo que quiero: quiero alcanzar un fin dichoso, el más feliz de todos.

Tan pronto como fue formulado este deseo se encontró en su casa. Las largas y blancas cortinas se hallaban bajadas ante las ventanas, y en el centro de la habitación había un ataúd negro, donde dormía su apacible sueño de la muerte el estudiante de Teología. Quedaba cumplido su deseo: su cuerpo reposaba, su espíritu viajaba. “No digáis que un hombre es feliz antes que esté en la tumba”, decía Solón.

La fórmula está aquí confirmada.

Todo cadáver es la esfinge de la inmortalidad; la esfinge del ataúd negro tampoco hubiera podido responder a la pregunta que dos días antes hiciera aquel mismo hombre:

*Muerte poderosa, tu silencio nos causa horror;  
tu rastro es solamente la tumba del cementerio.  
¿Rompe ella la escala de Jacob del pensamiento?  
¿Viviré solamente como hierba en campo muerto?*

*El mundo ignora nuestras grandes penas.  
¡Oh, tú, que estás solo hasta el fin postrero,  
has de saber que el mundo oprime al corazón  
más que la tierra arrojada sobre tu ataúd!*

En la habitación se movían dos personas. Conocemos a las dos: eran el hada de la tristeza y la emisaria de la felicidad.

Se inclinaron sobre el muerto.

—¿Ves? —decía el Dolor—. ¿Qué felicidad han procurado a la humanidad estos chanclos?

—Por lo menos, han procurado un bien duradero al que aquí duerme —respondió la Alegría.

—¡Oh, no! —contestó el Dolor—. Marchó por sí mismo. No le llamaron. Su fuerza espiritual no era lo bastante grande para realizar los deberes que le tenían impuestos. Voy a hacerle un servicio.

Y le quitó los chanclos. El sueño de la muerte terminó. El estudiante se levantó, y el Dolor desapareció, pero los chanclos con ella. Es seguro que los consideraba como de su propiedad.